

Stitch

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Stitch*

En cubierta: fotografía de © David Seymour/Magnum Photos/Contacto  
Diseño gráfico: Gloria Gauger

Northwestern University Press edition published 2004.

© 1965 by Richard Stern. First published  
in 1965 by Harper & Row. All rights reserved

© De la traducción, Laura Salas Rodríguez

© Ediciones Siruela, S. A., 2022

c/ Almagro 25, ppal. dcha.  
28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19207-52-4

Depósito legal: M-7.419-2022

Impreso en Cofás

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Richard Stern

## Stitch

Traducción del inglés de  
Laura Salas Rodríguez

 Siruela

Nuevos Tiempos

*para Andrew, con amor*

## CAPÍTULO 1

El *vaporetto* a la Giudecca que Edward solía coger por la noche zarpaba del muelle de San Zaccaria a las 11:59, hora extraña que acrecentó su miedo a perderlo y tener que pasar una hora más deambulando por la *riva*. Necesitaba por lo menos quince minutos para llegar desde Santa Maria del Giglio, a pesar de ir alternando trotecillos con paso ligero. Si la Piazza estaba despejada, los trotes lograban su objetivo y llegaba con un par de minutos de antelación; los hombres de la ACNIL alzaban las manos para tranquilizarlo mientras él corría por el puente que había frente al Hotel Danieli. A pesar del peso creciente que depositaba en las básculas venecianas (ninguna exacta, pero todas de acuerdo en que su carne se acumulaba), sus carreras mejoraron a lo largo de octubre, pero, en noviembre, la marea alta de la Piazza y de los puentes lo retrasaba tres o cuatro minutos, el tiempo que tardaba en vadearla a saltitos y brincar de una tabla a otra en la pasarela elevada de la Piazza. Una o dos veces había cogido el barco en el mismo momento en que desataban los cabos de los bolardos.

El jueves anterior a lo que sería el Día de Acción de Gracias en los Estados Unidos —los Gunther no se habían

acordado hasta que McGowan, aquel cónsul insensato y lascivo, dijo que les iba a llevar un pavo del economato militar de Vicenza—, Edward no solo encontró marea alta, sino una niebla terrorífica que ocultaba la ciudad y lo obligó a ir dando palos de ciego por calles y puentes hasta la Piazza, donde comenzó a dar zancadas con el brazo extendido ante él para interponerlo en el camino de lo que pudiese aparecer. La gran anchura de la Piazza era apenas una gasa de luz, y el Campanile, que de costumbre aparecía ante él como el Empire State, era una vaga sospecha de piedra en medio de la falta de precisión general. Cuando empezó a tantear los grandes pilares del Palacio Ducal para sortearlos, dieron en sonar las campanas de medianoche; primero las de San Zaccaria y luego la Marangona, la barítona del Campanile, difusa ella también por la niebla. «Lo he perdido». Una sirena de niebla rezongó sobre la laguna invisible.

De la ventanilla de los billetes colgaba un cartel: los barcos no cruzarían hasta que no se despejase la niebla; el empleado de la ACNIL que había en el interior suponía que harían falta horas. Edward se sentó en la barandilla del muelle, temblando y sudando, enjugándose la cabeza con su bufanda amarilla, inspirando profundamente y luchando por mantener el estampido que habitaba el interior de su pecho a un nivel inaudible. En medio de aquel algodón helado y sin filos, el viento empujaba las góndolas contra las cuerdas dentro de su encierro acuático; las cuerdas se deslizaban de arriba abajo y arrancaban gemidos de las estacas. «Atrapado».

Regresó caminando por donde había corrido, con la difusa intención de dirigirse al Zattere, al otro lado de la ciudad, desde donde salían *traghetto*s rumbo a la Giudecca cada me-

dia hora, con niebla o sin ella, pero para cuando llegó al Palacio y empezó a caminar a tientas de pilar en pilar, ya había decidido volver a casa de Nina.

En Santa Maria del Giglio, subió la calle, llamó al timbre, respondió al «*Chi è?*» con un «Otra vez yo» y corrió escaleras arriba con el nuevo chucho de Nina, Charley, regalo de un gondolero, pisándole los talones.

—Niebla. No hay barcos.

Ella aún llevaba el jersey y la falda. Él se quitó el abrigo y los zapatos y se tumbó en el incomodísimo sofá.

—¿No tienes sueño hoy?

—No eres el único invitado esta noche.

¿Sería posible?

—Lo siento, Nina. —Fue a buscar sus zapatos—. Me marcharé.

—Quédate donde estás. No es necesario evacuar. El té estará listo dentro de un minuto. No te habría dejado entrar si fuese una situación comprometida.

A lo mejor era una mujer. Está claro que debería ponerse los zapatos y ajustarse la corbata. Pero ¿por qué no se lo había dicho antes?

Nina entró en la cocina, un pequeño cuadrado contiguo al cuchitril de techo bajo que hacía las veces de dormitorio, salita y estudio, con sus tres sillas rectas, una estantería con cuatro baldas de libros, una mesa cubierta de papeles, lápices, libros, una lupa, fichas de cartulina, impresiones en color de los frescos del palacio Schifanoia, un estudio de Pevsner, un zodiaco del siglo XIV, una desastrada alfombra para perros y la cama. Un lugar algo deteriorado para ahuyentar el frío; oscuro y acogedor. Nina volvió con un plato de galletas y tartaletas.

—Esto es una verdadera afrenta para el perro. ¿Quién es?  
Había sonado el timbre. Tiró de la cuerda que abría sin preguntar «*Chi è?*».

—Ahora lo verás.

No había más de veinte pasos en el tramo de escaleras, pero transcurrió un minuto hasta que llegó el otro invitado, un hombre corpulento de barba gris, envuelto en una capa negra y con la enorme cabeza gris apenas tocada por un sombrero estilo fedora de pana negra. Inclino la cabeza en dirección a Nina y, tras ser presentado a Edward, se quitó la capa y el sombrero; acto seguido los arrojó sobre el sillón contiguo al sofá donde se hallaba sentado Edward, que notaba el hocico de Charley recorriendo sus zapatos bajo la mesita de café. Entretanto, Edward estaba intentando digerir tanto el nombre de la persona que tenía delante como a la persona en sí. Un famoso provocador, ligeramente encendido. Pero la cara le resultaba tan familiar, incluso desde el primer momento, que Edward tuvo la impresión de que, de alguna forma, había presentado quién era gracias a la lentitud con que subía las escaleras. Cosa que era imposible, aun teniendo en cuenta lo consciente que era de la presencia de Stitch en Italia y de su gran obra allí.

—Supongo que debía haber adivinado quién podía ser —dijo; la camaradería se abrió paso a través de la reverencia—. Fui a su isla el segundo día.

Stitch, al otro lado del sofá, escrutó a Edward con sus ojillos profundos, de un verde brillante, cual hurón a través de un matorral, y luego respondió, con una voz suave y rasposa:

—Creo que hay un par de cosas en Venecia que tienen prioridad.



Un comentario cortante. Ni ofensivo ni agresivo, pero sí contundente. La objeción era a la vez modesta e inmodesta, una verdad que al mismo tiempo invitaba a su negación. Quizá incluso pedía una negación. Cayó un bloque de silencio entrecortado por los ruidos que Nina hacía en la cocina. Edward acusó tanto su peso que tardó al menos un minuto en levantarlo con la pregunta de cuánto tiempo llevaba Stitch en Venecia.

La respuesta tardó un momento en pronunciarse.

—Sesenta y ocho años.

Otro comentario cortante. Como Edward no encontraba manera de sortearlo ni de dejarlo atrás, se dedicó a sudar, tenso e inmóvil, hasta que Nina llevó el té y distribuyó las galletas. A Stitch no parecía molestarle el silencio. Nina sacó temas de conversación: la niebla, las *acque alte*, el frío prematuro, pequeños ruidos sociales que, sumados a los resultantes de beber té, llenaban la estancia. Stitch asentía, sonreía, bebía. A pesar de que su silencio constituía un obstáculo social conspicuo, Edward presentía que era completamente natural. De hecho, la primera impresión que le procuraba Stitch era la de un inaudito ensimismamiento en lo inmediato. Era como si la habitación se condensara a su alrededor y, sin embargo, ¿qué podía resultar menos enérgico que aquel vejestorio apoltronado mascando galletas?

Mascaba de aquella forma a causa de sus dientes, seis u ocho injertos descoloridos. A lo mejor eran los responsables de su silencio. ¿O es que habría hablado demasiado en otra época? Diez años a la sombra. Dios mío, se dijo Edward, y pensar que estoy en la misma habitación que él. Edward buscaba meter baza en la conversación de nuevo y estaba terminando una pregunta cuando Stitch se puso en pie. A lo mejor

solo me ha parecido que la formulaba. No, había oído las palabras resonando en la habitación: «¿Está trabajando en este momento en la isla?». Pues bien, mientras estaba preguntando, o justo después, Stitch se puso en pie; sin decir palabra, cogió su sombrero y su capa, le dio las gracias a Nina y, por último, dedicó a Edward una inclinación de cabeza acompañada de una sonrisa que borró la rudeza de su silencio. Edward se levantó, hizo una reverencia, y dio un paso que le estampó la espinilla contra la mesita de café bajo la cual se había quedado atrapado uno de sus cordones. Cuando Stitch hubo salido, soltó un «Ay», y se la masajeó. Parecía que el dolor iba a ser su único recuerdo. ¿Así era conversar con los grandes?

—¿Por qué no me lo habías dicho? —Se quitó los zapatos con los pies y se echó hacia atrás; puso los pies donde Stitch se había sentado, cosa que por sí misma ya resultaba extrañamente emocionante.

—¿Qué tenía que decirte? Es la tercera vez que viene a tomar el té. Le gusta caminar por la noche y no tiene adónde ir salvo a su casa. Lo conocí en Biccí's. Supe que era alguien en el mismo segundo en que lo vi. Es simpático. Y está un poco abandonado.

—¿Abandonado... como el Campanile? ¿Sin nadie con quien hablar? ¿A eso te refieres?

—En cierto modo. —Extendió el brazo para buscar unos vasos colocados tras los libros del escritorio y los rellenó de Vecchia Romagna.

—¿Está trabajando aquí?

—Yo no le pregunto nada en absoluto. No creo que se dedique a nada aparte de a darse un paseo de vez en cuando. En esa isla debe de hacer tanto frío como en la Antártida. Yo no le pregunto y él no me cuenta nada.

—¿Qué sabe él de ti?

—¿Qué debería saber, Edward? Me preguntó a qué me dedicaba y le leí algunos poemas. Dijo que le gustaban. Y ya está. Es una persona receptiva. Eso se nota.

—Siento haberlo ahuyentado.

—Nunca se ha quedado más de media hora. Le gustan los paseos nocturnos. Se está recuperando de una operación de próstata. De eso me he enterado por la señorita Fry.

—*Chi è?*

—Es la mujer con la que vive aquí. También tiene esposa en los Estados Unidos. Y un par de hijos de cada una. Se supone que todos se llevan bien, aunque no sean exactamente la familia perfecta.

Nina no sentía la tranquilidad de su relato. Su pequeña mandíbula mostraba rigidez en el punto en que las líneas de la boca se curvaban. No está segura de lo que siente hacia él, pensó Edward. Y, como de costumbre, cuando alguien que le gustaba hablaba de otra persona, se sentía celoso y avergonzado de sus celos al mismo tiempo. Por supuesto, la prostatitis no permitía un romance venturoso. No, no era por eso. Era porque Nina conociese a alguien verdaderamente importante.

—Convierte este lugar en algo especial —dijo él. Nina rio—. Bueno, dejando aparte lo especial que ya es. —Otra risa; Nina se reía con frecuencia. Sus ojos azules, el flequillo negro y lacio, toda la cara redonda mostraba el activo vaivén de la sorpresa agradable—. Eso por no hablar de ti.

—Yo no contaría mucho con él —dijo ella con rapidez.

Le echó una mirada por encima de sus calcetines oscuros. ¿Qué insinuaba?

—¿Para qué? ¿Para qué tendría que contar con él?

—Estimulación. Una expectativa natural. Pero creo que se le ha agotado. Si es que alguna vez tuvo algo que agotar. No lo sé. Solo conozco su reputación. Supongo que he visto tres o cuatro obras suyas, pero no tengo criterio para juzgar esculturas. Ves una, te gusta. Lo de la isla no lo conozco. Siempre digo que voy a ir, pero ha hecho demasiado frío. ¿Cómo es?

—No he ido. Tenía la intención, pero no lo hice. No sé por qué he dicho eso. Es una de las primeras cosas que piensas estando aquí, y pensé en ello el segundo día. Ahora tendré que ir. A lo mejor deberíamos ir juntos.

Tras más de un mes de verla casi cada día aún no se hallaba completamente cómodo con ella, y eso se dejó notar en la invitación, que temía el rechazo y por tanto incitaba a él. Pero ver la isla con Nina sería mejor que verla con los niños y Cressida.

—Me gustaría, pero más adelante, cuando haga más calor. Por lo que sé, podría tener algo que ver con lo que yo ando trabajando.

—¿Que es qué, Nina? —preguntó con humildad, porque no la había oído hablar de sus intenciones.

Es verdad, Nina nunca hablaba de ellas. Ya lo dijo William Blake: «Nunca intentes confesar tu amor». Sin embargo, desde que lo conoció, cinco semanas antes, Edward había pasado a formar parte de ese grupo de personas, dispersas en el tiempo y el espacio, a quienes se había abierto.

—Una especie de épica femenina. Nada de aventureros fundando y destrozando ciudades. Ni justificaciones ni bravatas. Otra cosa.

Y eso bastaba.

Su voz denotaba una extraña autoridad; una demarcación de territorio. Lo desconcertó lo suficiente como para decidir que no iba a pasar la noche en su alfombra perruna ni dormir en el duro sofá, a pesar de que su oferta era sincera (aunque de una estoicidad algo agresiva). Se abrigó, la besó en los labios —fríos pero amables— y se dirigió al Zattere.

## 2

—Uf —exclamó ella cuando la puerta se cerró, porque pensó que aquella noche llegaría el punto de inflexión y ella tendría que correr el riesgo de un distanciamiento prematuro.

Edward era una mezcla variable de sensibilidad y opacidad. Uno podía hacerle daño de cincuenta formas, pero reconfortarlo solo de diez. Quizá la presencia de Stitch había extinguido su ardor. A pesar de que su beso la había reconfortado en cierto modo, ir más lejos habría creado un jaleo temible. La inestabilidad contagiosa del placer.

Estaba recogiendo cuando estuvo a punto de pisar otra consecuencia de la presencia de Stitch: los excrementos del chuchó, que era consciente de lo que había hecho y temblaba tras la cesta de la ropa sucia.

—¡Charley!

Fue a buscarlo con el periódico enrollado, y se llevó un papirotazo en el hocico antes de esfumarse, deslizándose entre las alfombras y escabullándose bajo la cama. Nina limpió el desaguisado y lo arrojó al canal a través de la ventana.

—Ya te enseñaré yo, cabroncete... —Fue por él, lo arrastró, lo levantó y lo acunó antes de besarlo donde le había